

tos con mucha gloria, y habiendo venido á la asamblea, le dijo un joven: « no me levanto en tu presencia, porque no dejarás hijos, que algun dia se levanten en la mia. » Los celibaterios están expuestos á otras humillaciones: no asisten á los combates que hay entre las jóvenes medio desnudas; está al arbitrio del magistrado obligarlos en los rigores del invierno á andar al rededor de la plaza sin vestidos, y cantando canciones contra si mismos, en lo que reconocen que su desobediencia á las leyes merece aquel castigo.



CAPITULO XLVIII.

DE LOS USOS Y COSTUMBRES DE LOS ESPARCIATAS.

Este capítulo es una continuacion del anterior; porque la educacion de los Esparciatas continúa, por decirlo así, toda la vida.

Desde la edad de veinte años se dejan crecer los cabellos y la barba: los cabellos aumentan la hermosura, y convienen al hombre libre, como tambien al militar. Se hace prueba de la obediencia, aun en las cosas mas indiferentes: cuando los éforos toman posesion de su plaza, hacen pregonar á son de trompeta un decreto,

mandando rasurarse el labio superior, como tambien someterse á las leyes. Todo es aqui instruccion: preguntado un esparciata, que por qué conservaba una barba tan larga, respondió: « desde que el tiempo la blanqueó, me advierte á cada momento, que no deshonoré mi vejez. »

No permitiendo los Esparciatas ninguna especie de adorno en sus vestidos, han dado un ejemplo admirado, mas no imitado de las demas naciones. Entre ellos, ni reyes, ni magistrados se distinguen en lo exterior de los ciudadanos de la última clase. Todos llevan una túnica muy corta, de lana muy basta, y encima se ponen un manto ó capa gruesa. Calzan sandalias ú otros calzados, cuyo color mas comun es encarnado. Dos heroes de Lacedemonia, Castor y Polux, están representados con gorras, que juntas una á otra por su parte inferior, harian la figura de aquel huevo de que, segun dicen, tuvieron su origen. Tomad una de estas gorras, y tendreis la que usan todavía los Esparciatas. Algunos la atan fuertemente con correas, y otros empiezan á usar en su lugar el tocado de las rameras de la Grecia. « Ya no son invencibles los Lacedemonios, decia en mi tiempo el poeta Antifanes; las redcillas que sujetan sus cabellos están teñidas de púrpura. »

Ellos fueron los primeros, despues de los Cretenses, que se despojaron de los vestidos en

los ejercicios del gimnasio. Este uso se introdujo mas adelante en los juegos olímpicos, y ha dejado de ser indecente desde que se ha hecho comun.

Se presentan en público con un palo grueso y corvo por la parte superior; pero les está prohibido llevarlo á la asamblea general, porque los asuntos del Estado se deben terminar por la fuerza de la razon, y no por la de las armas.

Las casas son pequeñas, y hechas sin arte; no se deben labrar las puertas mas que con la sierra: los techos con el hacha sola: las vigas son troncos de árboles, apenas descortezados. Los muebles, aunque mas elegantes, participan de la misma sencillez, y jamas están amontonados confusamente. Los Esparciatas tienen á mano cuanto necesitan, porque se acostumbran á poner cada cosa en su lugar. Este leve cuidado conserva entre ellos el amor del orden y de la disciplina.

Viven en suma austeridad. Un extranjero que los vió tendidos á la mesa, y en el campo de batalla, tenia por mas facil sufrir semejante muerte, que semejante vida. Sin embargo, Licurgo no les quitó mas que lo superfluo; y si son frugales, lo son mas por virtud que por necesidad. Tienen carnes de reses; el monte Taigeto les da caza abundante; las llanuras, liebres, perdices,

y otras varias especies; el mar y el Eurotas, pescado: el queso de Gilio es muy estimado*. Además, tienen diversas clases de legumbres, frutas, panes y tortas.

Es verdad que sus cocineros no se emplean sino en componer la carne, y que deben abstenerse de las salsas, menos el pisto negro. Esta es una salsa, cuya composición se me ha olvidado, y en ella mojan el pan los Esparciatas, prefiriéndola á los manjares mas exquisitos**. Por la fama que tenia, quiso Dionisio, tirano de Siracusa, enriquecer con ella su mesa; para lo cual hizo venir un cocinero de Lacedemonia, y le mandó que la hiciese á toda costa. Sirvióse la salsa, probóla el rey, y la arrojó con indignación. « Señor, le dijo el esclavo, falta en ella un ingrediente esencial. — ¿ Pues cuál es? replicó el principe. — Un ejercicio violento antes de comer, respondió el esclavo. »

La Laconia produce muchas especies de vinos. El que se coge en las Cinco-Colinas, á siete estadios de Esparta, exhala un odor tan suave como el de las flores. El vino que se cuece, ha de

* Este queso se aprecia todavía en el país.

** Meursio conjetura, que la salsa negra se hacia con caldo exprimido de una cabeza de puerco, al cual se añadía vinagre y sal. En efecto, parece que los cocineros no podían gastar otros ingredientes que vinagre y sal.

hervir hasta que el fuego consuma la quinta parte de él, y lo guardan cuatro años antes de beberle. En sus comidas no pasa la copa de mano en mano, como hacen los demas pueblos; sino que cada uno apura la suya, y al momento la llena el esclavo que sirve á la mesa. Tienen el permiso de beber cuanto necesiten; y de él usan con placer, pero nunca abusan: el espectáculo desagradable de un esclavo embriagado, que suelen ponerles ante los ojos cuando son niños, les inspira suma aversión á la embriaguez; fuera de que la elevación de sus almas no les deja degradarse jamas. Tal es el sentido de la respuesta de un esparciata á otro que le preguntaba, que por qué era tan sobrio en el uso del vino: « por no necesitar nunca de la ración agena, » respondió. Además de esta bebida, apagan muchas veces la sed con sueros*.

Tienen diferentes especies de comidas públicas; siendo las mas frecuentes las Filitias**. Reyes, magistrados, simples ciudadanos, todos se juntan á comer en unas salas, en donde se ponen muchas mesas, por lo regular de quince

* Esta bebida se usa todavía en el país.

** Algunos autores llaman á estos convites Fiditias, otros Filitias; y este parece ser su verdadero nombre, que indica asociaciones de amigos.

cubiertos cada una. Los convidados de una mesa no se mezclan con los de otra, y forman una sociedad de amigos, en que ninguno puede ser recibido sin el consentimiento de todos los que la componen. Comen echados sobre bancos de roble, apoyado el codo en una peña ó pedazo de madera. Se les da salsa negra, despues carne de cerdo cocida, en porciones iguales, servidas separadamente á cada convidado, algunas veces tan chicas, que apenas tienen la cuarta parte de una mina*. Tienen vino, tortas, y pan de cebada en abundancia. Otras veces se añade por suplemento á la comida ordinaria, pesca y varias especies de caza. Los que ofrecen sacrificios, ó van á cazar, pueden comer en su casa cuando vuelven; pero deben enviar á sus comensales una parte de la caza ó de la víctima. Al lado de cada cubierto, se pone una miga de pan para limpiarse los dedos.

Durante la comida, se suele hablar de asuntos morales, ó de ejemplos de virtud. Una accion buena, se cita como una noticia digna de la atencion de un esparciata. Comunmente toman la palabra los ancianos, quienes hablan con precision, y se les oye con respeto.

Se junta la alegría á la decencia, segun lo mandó Licurgo á los convidados, á cuyo fin or-

* Cerca de tres onzas y media.

denó que se pusiese ante sus ojos una estatua, consagrada al dios de la risa. Pero los chistes que excitan la alegría, no han de ser ofensivos; y si por casualidad se escapa á alguno una chanza maliciosa, no debe salir afuera. El mas anciano, mostrando la puerta á los que entran, les advierte que nada de lo que van á oír, ha de salir por ella.

Todas las clases de educandos asisten á estas comidas, sin participar de ellas: los mas jóvenes para pillar diestramente de las mesas alguna porcion, que reparten con sus amigos; y los otros para tomar lecciones de sabiduría y de jocosidad.

Ya sea que las comidas públicas hayan sido establecidas en una ciudad, á imitacion de las que se hacian en el campo, ya tengan su origen en otra causa, lo cierto es, que en un Estado pequeño producen efectos maravillosos para conservar las leyes: durante la paz, la union, templanza é igualdad; y durante la guerra, un nuevo motivo de volar á socorrer á un ciudadano, con quien se tiene compañía en lossacrificios y libaciones. Minos las habia establecido en sus Estados; y Licurgo adoptó este uso, con algunas diferencias notables. En Creta se hace el gasto á expensas de la república, y en Lacedemonia á costa de los particulares, quienes tienen la obligacion de dar mensualmente cierta

cantidad de harina de cebada, vino, queso, higos, y aun dinero. Con esta contribucion forzosa, sucede que los mas pobres quedan excluidos de estas comidas comunes: defecto que censuraba Aristóteles en las leyes de Licurgo. Por otra parte, Platon reprendia á Minos y á Licurgo, de que no hubiesen sujetado las mugeres á la vida comun. Yo me abstengo de decidir entre estos grandes políticos y legisladores.

Entre los Esparciatas, algunos no saben ni leer ni escribir, y otros apenas saben contar: no hay entre ellos ninguna idea de geometría, astronomía, ni de otras ciencias. Las gentes instruidas tienen sus delicias en las poesías de Homero, Terpandro y Tirteo, porque elevan el alma. Su teatro está destinado solamente á sus ejercicios, y en él no representan ni comedias, ni tragedias, porque se han propuesto no admitir el uso de estos dramas. Algunos, aunque muy pocos, han cultivado con fruto la poesía lírica. Tal fué Alcman, que vivía cerca de tres siglos hace: su estilo es dulce, aunque tenia que vencer el duro dialecto dórico, que se habla en Lacedemonia; pero estaba animado de un sentimiento que lo suaviza todo; y habiendo consagrado toda su vida al amor, cantó el amor toda su vida.

Son aficionados á la música, que da el entu-

siasmo de la virtud: sin cultivar este arte, se hallan en estado de juzgar de su influjo sobre las costumbres, y no admiten las novedades que podrian alterar su sencillez.

Por los casos siguientes se puede juzgar de la aversion que tienen á la retórica. Un esparciata, que se habia ejercitado en la oratoria fuera de su patria, volvió á ella, y los éforos mandaron castigarle, por haber concebido el projecto de engañar á sus compatriotas. Durante la guerra del Peloponeso, fué enviado otro esparciata al sátrapa Tisafernes para persuadirle á preferir la alianza de Lacedemonia á la de Atenas. Se explicó en pocas palabras; y como vió á los embajadores atenienses desplegar todo el fausto de su elocuencia, tiró dos lineas, que se terminaban en un mismo punto, una recta, y la otra tortuosa, y enseñándolas al sátrapa, le dijo: «escoged.» Dos siglos antes, los habitantes de una isla del mar Egeo, acosados del hambre, acudieron á los Lacedemonios, sus aliados, quienes respondieron á su embajador: «no hemos comprendido el fin de vuestra arenga, y se nos ha olvidado el principio de ella.» Nombraron otro embajador, encargándole mucho la concision. Llegó, y lo primero que hizo fué mostrar á los Lacedemonios un saco de los que sirven para la harina. Estaba el saco vacio. La asamblea decretó al punto que se abasteciese la

isla; pero advirtió al diputado que otra vez no fuese tan prolijo. En efecto, les habia dicho que era menester llenar el saco.

Desprecian el arte de hablar; pero aprecian el talento de hablar. Algunos lo han recibido de la naturaleza, y lo han manifestado, ya en las asambleas de la nacion y de otros pueblos, ya en los elogios fúnebres que se dicen anualmente en honor de Pausanias y de Leonidas. Brasidas, aquel general, que durante la guerra del Peloponeso mantuvo en Macedonia el honor de su patria, pasaba por elocuente aun entre los Atenieses, que tanto aprecian la elocuencia.

La de los Lacedemonios va siempre á su fin, y llega á él por los medios mas sencillos. Algunos sofistas extrangeros han tenido á veces el permiso de entrar en su ciudad, y de hablar en su presencia; bien recibidos, si anuncian verdades útiles, no se les oye si solamente tratan de deslumbrar. Un dia nos propuso uno de estos sofistas que oyésemos el elogio de Hércules. « ¿ De Hércules? » dijo al punto Antálcidas; ¿ pues quién le vituperara? »

No se avergüenzan de ignorar las ciencias, que ellos miran como superfluas; y uno de ellos respondió á un ateniense que les daba en cara con esto: « en efecto, nosotros somos los únicos á quienes no habeis podido enseñar vuestros vicios. » No aplicándose mas que á los co-

nocimientos absolutamente necesarios, sus ideas son claras, y mas propias para combinarse y colocarse; porque las ideas falsas son como las piezas irregulares, que no pueden servir para la edificacion de un edificio.

Así es, que este pueblo es mucho mas ilustrado que los otros, aunque sea menos instruido. Cuentan que Tales, Pítaco, y los demas sabios de Grecia, aprendieron de él á encerrar en sentencias cortas las máximas morales. Lo que yo he visto me ha sorprendido muchas veces. Creia estar conversando con gentes ignorantes y rudas, é inesperadamente salian de sus bocas unas respuestas sentenciosas, y penetrantes como dardos. Acostumbrados desde muy temprano á explicarse con tanta energía como concision, callan si no se les ofrece alguna cosa importante que decir; y si tienen mucho que decir, se procuran disculpar. Un instinto de grandeza les advierte, que el estilo difuso no conviene sino al esclavo que suplica: en efecto, parece que del mismo modo que la súplica, se arrastra á los pies, en torno de la persona á quien se quiere persuadir. Al contrario, el estilo conciso, es grave é infunde respeto: conviene al señor que manda, y es adecuado al caracter de los Espartiatas, que lo usan frecuentemente en sus conversaciones, y en sus cartas. Los dichos agudos, tan prontos como el relámpago, dejan tras sí,

ya una luz viva, y a la alta opinion que tienen de sí mismos y de su patria.

Elogiaba uno la bondad del rey Carilao. «¿Cómo podría ser bueno, replicó el otro rey, si «lo era también para los malos?» En una ciudad de Grecia, el pregonero encargado de la venta de los esclavos, decía en voz alta: «yo «vendo un lacedemonio. — Mejor dirás un prisionero,» exclamó este, poniéndole la mano en la boca. Los generales del rey de Persia preguntaban á los diputados de Lacedemonia, que en qué calidad contaban seguir la negociacion. «Si sale mal, respondieron, como particulares, «y si bien como embajadores.»

La misma precision se nota en las cartas que escriben los magistrados, y en las que reciben de los generales. Temiendo los éforos que la guarnicion de Decelia se dejase sorprender, ó interrumpiese sus acostumbrados ejercicios, le escribieron solamente estas palabras: «no os «paseis.» La derrota mas azarosa, se anuncia con la misma sencillez que la victoria mas completa. En la guerra del Peloponeso, habiendo sido batida su armada, que iba á las órdenes de Mindaro, por la de los Atenieses, mandada por Alcibiades, escribió un oficial á los éforos: «perdióse la batalla. Mindaro ha muerto. No «hay viveres, ni recursos.» Poco tiempo despues les escribió Lisandro, general del ejército,

en estos términos: «está tomada Atenas.» Esta fué la relacion de la conquista mas gloriosa y mas util para Lacedemonia.

No se infiera de esto, que los Esparciatas, condenados á una razon demasiado severa, no se atreven á dejar el ceño, antes tienen aquella disposicion á alegrarse que da la libertad del alma, y la salud del cuerpo. Su alegría se comunica rápidamente, por que es viva y natural: se mantiene con jocosidades, que sin bajeza ni ofensa, se diferencian esencialmente de la bufoneria y de la sátira. Aprenden muy temprano el arte de decirlas y sufrirlas. Se acaban cuando el que es objeto de ellas pide que le dejen.

Con semejantes armas rechazan algunas veces la vanidad y mal humor. Estando yo un día con el rey Arquidamo, su médico Periandro le presentó unos versos, que acababa de componer. Leyólos el príncipe, y le dijo en tono de amistad: «¡ah! ¿por qué de tan buen médico, os ha «ceis tan mal poeta?» Algunos años despues se quejaba un viejo al rey Agis de algunas trasgresiones de la ley, y decía que todo estaba perdido. «Es tan cierto eso, respondió el rey sonriendo. «dese, que en mi infancia lo oí decir á mi padre, «quien habia oído decir lo mismo al suyo cuando «era niño.»

Las artes de lucro, y principalmente las de lujo, están vedadas con severidad entre los Espar-